

LA MANO DEL ARQUEÓLOGO
Ensayos 2002-2015

LA MANO DEL ARQUEÓLOGO

Ensayos 2002-2015

Nick Shepherd
Aarhus University

Traducción: Cristóbal Gnecco (Universidad del Cauca)
y Alejandro Haber (Universidad Nacional de Catamarca/CONICET)

Ediciones del 



Universidad
del Cauca



Shepherd, Nick

La mano del arqueólogo : Ensayos 2002-2015 / Nick Shepherd ; traducido por Cristóbal Gnecco, Alejandro Haber.-- Popayán : Universidad del Cauca. Sello Editorial, 2016.

243 p. : figuras.

Incluye referencias bibliográficas : pp. 209-234, e índice analítico : pp. 235-243.

ANTROPOLOGÍA CULTURAL. 2. ARQUEOLOGÍA - HISTORA.

3. ARQUEOLOGÍA - ENSAYOS. I. Título. II. Gnecco, Cristóbal. Trad. III. Haber, Alejandro. Trad. IV. Universidad del Cauca.

ISBN: 978-958-732-241-5

SCDD 21: 930.1 S548

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995
Catalogación en la fuente – Universidad del Cauca. Biblioteca

© Universidad del Cauca, 2017

© JAS Arqueología, 2017

© Ediciones del Signo, 2017

© Nick Shepherd

© De la traducción: Cristóbal Gnecco y Alejandro Haber

Primera edición: Editorial Universidad del Cauca /
JAS Arqueología / Ediciones del Signo, febrero de 2017

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Corrección de estilo: José Rodrigo Orozco Papamija

Diagramación: Daíán Alexa Muñoz De la Hoz

Diseño de carátula: Emilio Eusse Simmonds

Editor General de Publicaciones: Alfonso Rafael Buelvas Garay

Editorial Universidad del Cauca

Casa Mosquera Calle 3 No. 5-14

Popayán, Colombia

Teléfonos: (2) 8209900 Ext 1134 - 1135

editorialuc@unicauca.edu.co

JAS Arqueología

Plaza de Mondariz 6, 12º 4

28029 – Madrid, España

Ediciones del Signo

Aníbal Troilo 942, 5º 11

Buenos Aires (1197), Argentina

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Impreso en Popayán, Cauca, Colombia. Printed in Colombia

Contenido

Introducción: en el lado más filoso del palustre	9
Arqueología disciplinada: la invención de la prehistoria de Sudáfrica	
Producción de conocimiento	11
El Paleolítico en África	15
Limpiendo las edades de piedra	18
Centro y periferia	23
La Sociedad Arqueológica	28
El Congreso Panafricano y el eclipse de la prehistoria	30
La política de la arqueología en África	
Introducción: una nota sobre método	35
Puntos de referencia	37
Arqueología y colonialismo	40
Disciplinando la arqueología	43
Arqueología y nacionalismo	46
Arqueología y apartheid	48
La crisis de recursos en la arqueología africana	50
“Títere cultural en una cuerda”	53
El Congreso Arqueológico Mundial	55
Etnoarqueología	55
El saqueo del pasado	57
La arqueología como espectáculo	58
Arqueología y desarrollo	60
Conclusión: centro y periferia	62
Rumbo al sur, deseando el norte: ¿por qué necesitamos, con urgencia, una arqueología postcolonial?	
Una entrada del diario	63
Norte y sur	67
Arqueología y colonialismo	69
Programa para una arqueología postcolonial	71

“Cuando la mano que sostiene el palustre es negra...”: prácticas disciplinarias de autorepresentación y el asunto de la mano de obra nativa en arqueología	75
Historia secreta	75
Adam Windwaai	78
Justus Akeredolu	82
Trabajo nativo	89
Producción de conocimiento	94
 Arqueología soñando: imaginarios urbanos postapartheid y los huesos de los muertos de la calle Prestwich	97
Seis pies del país	97
El paso del tiempo en la calle Prestwich	100
Puntos de fractura	111
Una imagen de la ciencia	116
Lenguajes rivales de interés	119
Imaginarios urbanos postapartheid	123
En la postcolonia	127
 ¿Qué pasa con el WAC?	
Arqueología y compromiso en un mundo globalizado	131
El baile del granero	131
Libertad académica y apartheid	133
La arqueología postcolonial postmoderna	135
Un salón lleno de abogados	140
Arqueólogos y fronteras	146
Estados de la abyección y el lugar de la ayuda	149
Dentro y fuera del WAC	152
Designar lo indígena	155
Arqueología Ltda.	161
 La humildad de Sarah Baartman	163
Recordando y olvidando la cueva Peers	169
 La mano del arqueólogo. Catástrofe histórica, regímenes de cuidado, extirpación, relationalidad e indisciplina	177
Una gran cantidad de imágenes	177
Conocimiento, representación y catástrofe histórica	178

Método en la prehistoria	181
El archivo, la fotografía y la tumba	183
Relacionalidad	185
Actos de indisciplina	187
La arqueología y la conquista del tiempo	189
La conquista colonial del tiempo y el espacio	189
La transformación del ser	192
Ciencia blanca y cuerpos negros	196
El conocimiento del pasado a través de los restos materiales	200
La arqueología devora a los ancestros	202
Violencia epistémica	205
Referencias citadas	209
Índice analítico	235

Lista de figuras

Figura 1.	En una cueva cerca de Tarkastad, en el Cabo Oriental	24
Figura 2.	En la playa, noviembre de 1995	65
Figura 3.	John Goodwin y Adam Windwaai	77
Figura 4.	Escena de la excavación en Forest Hall	80
Figura 5.	Escena de la excavación en Forest Hall	81
Figura 6.	Escena de la excavación en Forest Hall	81
Figura 7.	Nigeria 1955.	86
Figura 8.	Nigeria 1955 (posiblemente Justus Akeredolu).	86
Figura 9.	Nigeria 1955	87
Figura 10.	Nigeria 1955	87
Figura 11.	The Rockwell: “Sin el polvo de la historia y de la mancha de la tierra situada abajo”	125
Figura 12.	The Rockwell: “Una mujer reclinada mirando desde un tocador rosado brillante”	126
Figura 13.	La caja de embalaje en la que fueron repatriados los restos de Sarah Baartman	166
Figura 14.	Bertie Peers con dos esqueletos encontrados en la cueva	174
Figura 15.	Dulcie Peers conoce al Hombre de Fish Hoek	175

Introducción: en el lado más filoso del palustre

Los ensayos recogidos en esta colección fueron escritos entre 2002 y 2015 y cubren una gama de temas que va desde las implicaciones sociales y políticas de la práctica arqueológica en África hasta la suerte de los compañeros de trabajo negros y desde las construcciones sobre patrimonio hasta una política contemporánea de la memoria y la identidad. También trazan la trayectoria histórica de la ciencia de los colonos desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX hasta el presente postcolonial. Una preocupación permanente en todo mi trabajo tiene que ver con asuntos de conocimiento y lo que podría denominarse “formas de conocimiento”. ¿Cómo la arqueología, como un proyecto disciplinario de un tipo particular, dio forma y enmarcó los enfoques sobre el pasado en el presente? ¿Qué tipo de afirmaciones se hacen en nombre de la disciplina? ¿Qué tipo de afirmaciones contrarias desafían y desestabilizan estas preocupaciones disciplinarias? El resultado es (espero) una historia de las ideas, políticamente comprometida, que sitúa la arqueología en el lado más filoso del palustre.

Dos factores, en particular, han dado forma a mi enfoque. El primero es mi lugar como académico basado, gran parte del tiempo, en la Universidad de Ciudad del Cabo. Más que simplemente un lugar geográfico esto se traduce en un sentido de ubicación conceptual y epistemológica (o “situacionalidad”). Por un lado, me coloca en una relación particular con las metrópolis disciplinarias y los centros de la teoría en arqueología. Por otro lado, me lleva a conceptualizar mi ubicación a través de una variedad de

marcos: África, la diáspora africana y el sur global. También me coloca en relación con un conjunto de temas familiares para los pensadores postcoloniales: traducción, migración, hibridez, un sentido de liminaridad. Requiere una fluidez o facilidad en dos tipos de mundos: el mundo de las metrópolis y los mundos locales de práctica. Estoy interesado en la forma como la disyunción entre estos mundos se traduce (o potencialmente se traduce) en un sentido de distancia crítica. En mi caso navegar por el mundo de la disciplina también ha significado navegar la sociedad de finales del apartheid y del postapartheid. Para mí la arqueología siempre ha sido parte de un conjunto más amplio de preocupaciones con la raza, la restitución y la justicia social.

Un segundo factor es mi lugar profesional e institucional en un Departamento inter y transdisciplinario, la Escuela de Estudios Africanos y de Género de la Universidad de Ciudad del Cabo. Además del canon disciplinario ha sido natural para mí colaborar con el trabajo de las feministas africanas y los pensadores anticoloniales y decoloniales. Esto me coloca en una relación particular con la arqueología puesto que tengo un pie dentro y un pie fuera de la disciplina. En el primer caso esto se traduce (o potencialmente se traduce) en una forma de distancia crítica. Puedo *hacer arqueología y ser arqueólogo* pero también puedo verme *haciendo y siendo*. Esto no siempre es una buena cosa, debo admitir. Sin embargo, esa es mi situación y estos ensayos son su resultado.

Muchas gracias a las revistas en las que fueron publicados estos ensayos por primera vez: *Kronos* (“Arqueología disciplinada”), *Annual Review of Anthropology* (“La política de la arqueología en Sudáfrica”), *Archaeological Dialogues* (“Rumbo al sur, deseando el norte”), *Journal of Social Archaeology* (“Cuando la mano que sostiene el palustre es negra” y “La arqueología soñando”) y *Public Archaeology* (“Qué pasa con el WAC?”).

Arqueología disciplinada: la invención de la prehistoria de Sudáfrica¹

No es fácil decir algo nuevo; no es suficiente que abramos nuestros ojos, que prestemos atención, que seamos conscientes, a que nuevos objetos repentinamente alumbrén y emergan del suelo.

Michel Foucault (2001: 44.45)

Entendemos al africano tan poco como él nos entiende a nosotros.

John Goodwin (1935)

Producción de conocimiento

El punto de partida de esta investigación es la idea de Foucault de que el conocimiento nuevo no llega espontáneamente al buscador alerta sino que es producido bajo ciertas

1 Agradezco a la National Research Foundation of South Africa y a la Research Unit for the Archaeology of Cape Town por el apoyo financiero y a Janine Dunlop por su asistencia en la investigación. El material visual que incluyo en este artículo se publica con el permiso del Departamento de Manuscritos y Archivos de la biblioteca de la Universidad de Ciudad del Cabo.

“condiciones” y “relaciones”. En pocas palabras, mi interés es unir la lectura del gran trabajo de síntesis de Foucault, *La arqueología del saber*, con un relato de la creación de la disciplina de la arqueología en Sudáfrica a partir de la década de 1920. Varios factores hacen que este sea un ejercicio prometedor, además de la sugestiva duplicación “arqueología”/ arqueología, metáfora y disciplina. Debo mencionar dos, para comenzar. El primero es que la arqueología sigue estando comprometida con una forma de investigación en la que el conocimiento es “descubierto” en lugar de “producido”, en contraste con la antropología social, que anunció su “giro reflexivo” a mediados de la década de 1980 (Clifford y Marcus 1986; Marcus y Fischer 1986), y a pesar de los mejores esfuerzos de las arqueologías postprocesuales, en cualquier caso dirigidos en otra dirección (Hodder 1994, 1995, 1997; Shanks y Tilley 1987a, 1987b). Dicho de otra manera, para los arqueólogos, en el más literal de los sentidos, nuevos objetos (léase “artefactos”) emergen de la tierra y ha sido un acto de fe, corto y tentador, traducirlos, de manera no problemática, a nuevas formas de conocimiento (léase “nuevos objetos discursivos”).

El segundo factor que hace prometedor este ejercicio es el escenario colonial de este relato de la formación disciplinaria. Los arqueólogos coloniales estaban separados de sus sujetos arqueológicos por una remoción doble de tiempo y espacio. No solo sus sujetos eran “otros” arqueológicos, separados del presente por siglos y milenios, sino que también eran “otros” coloniales, distanciados de las metrópolis cultural, racial y espacialmente. Es decir, no solo eran sujetos a las metodologías y procedimientos de la disciplina sino que sus descendientes estaban sujetos a las leyes y restricciones del Estado colonial, así como a un conjunto de mitos raciales, tropos de alteridad, historias inventadas, etc. (Bhabha 1994; Pratt 1986; Said 1978, 1989; Spivak 1987). El resultado, en términos arqueológicos, fue un caldo de cultivo fértil para la imaginación, para el exceso metodológico, así como para la más exquisita de las ironías. El resultado conjunto de estos dos factores fue una mezcla de inocencia y malicia, un hilo común de la historia de las arqueologías coloniales; o, ya

que malicia es una palabra dura, un fracaso de la empatía, un sentido de distancia crítica y emocional, una frialdad hacia las exigencias que no fueran disciplinarias.

Si uno va a “decir algo”, escribió Foucault (2001) en el pasaje del que tomé mi epígrafe, en relación con “la aparición de un objeto del discurso” no solo es necesario que “exista en relación con otros objetos” sino que “exista en las condiciones positivas de un grupo complejo de relaciones” (Foucault 2001: 44-45). Esas relaciones “se establecen entre instituciones, procesos económicos y sociales, patrones de comportamiento, sistemas de normas, técnicas, tipos de clasificación(y)modos de caracterización”(Foucault 2001:45). En consecuencia, el relato que sigue muestra la aparición de esquemas clasificatorios y conceptuales, de tipologías y nomenclaturas, y de un lenguaje disciplinario, así como de la conquista de espacios institucionales, la formación de organizaciones populares y profesionales y la relación de la disciplina con los centros de poder e influencia del Estado y con formas de memoria e imaginación popular. Mi argumento es que en un periodo de unos treinta años, a partir de la década de 1920, vemos el surgimiento y la formación de la arqueología en Sudáfrica en un formato reconocible —que, en otros lugares, se ha descrito como arqueología colonial (o colonialista)—, con un conjunto asociado de prácticas e ideas rectoras (Shepherd 2002; Trigger 1984, 1989). En términos de Foucault vemos el surgimiento de un discurso arqueológico. En el centro de ese discurso estaba una concepción de la prehistoria y una nueva valoración de formas de conocimiento relacionadas con el pasado arqueológico. Ese discurso fue distinto de los tipos de escritura sobre, y de las discusiones de, los tiempos pasados que le precedieron y difiere de manera formal de la clase de arqueología practicada en, digamos, las décadas de 1960 y 1970. En aspectos claves representa una localización y una “sudafricanización” de la arqueología, así como un intento por vincular las secuencias y las concepciones locales del pasado con esquemas africanos y regionales más amplios. Esto fue especialmente cierto en África meridional y oriental y en las regiones cuya afiliación

política contemporánea se expresó en las instituciones del Imperio Británico. En el periodo posterior a las elecciones generales de 1948 y el triunfo de los nacionalistas afrikaners esto dio paso a un rival imaginario enmarcado en términos de los relatos míticos de la historia sagrada afrikaner en lugar de narrativas arqueológicas del pasado precolonial.

El término “invención” aparece como parte del título de este ensayo y puesto que también es parte de mi argumento requiere un comentario. Tomo como axiomática la idea de que no hay nada natural o inevitable en la producción de conocimiento, más aún en la producción de conocimiento sobre el pasado, aunque la gran mayoría del conocimiento es representada de esa manera. El principal valor de pasar tiempo con la obra de Foucault, y de tomar en serio la muy trabajada noción “producción de conocimiento”, está en recordarnos la extrañeza —la “novedad”, en términos de Foucault— del conocimiento a medida que emerge. El término “inventar” tiene varios significados. El que yo uso no es “fabricar” (“componer”) sino “idear” (“crear, llevar a cabo”); por lo tanto, uso “inventar” en el sentido de “poner en servicio algo formalmente o por medio de la autoridad; fundar, establecer, instituir”.

Por último, una nota sobre A.J.H. (John) Goodwin (1900-1959), el autor de mi segundo epígrafe y el personaje que está en el centro de este relato. Nacido en Sudáfrica y entrenado en Cambridge, Goodwin volvió a su país en 1923 para convertirse en uno de los primeros arqueólogos profesionales en el África subsahariana. A diferencia de su contemporáneo, Louis Leakey, quien se convirtió en la primera personalidad mediática de la arqueología africana, el legado de Goodwin es poco conocido, incluso dentro de la disciplina. Como el hombre reservado que era, se las ingenió para tener un solo estudiante de doctorado en treinta años de docencia en la Universidad de Ciudad del Cabo, todo un récord. En su país su carrera fue ensombrecida por la de Clarence (Peter) van Riet Lowe, un ingeniero civil convertido en arqueólogo, quien comenzó como “alumno por correspondencia” de Goodwin. Sin embargo, en el

periodo que examino la influencia de Goodwin fue decisiva en el desarrollo de la arqueología en África. Para Berrie Malan (1970), uno de los tres comentaristas principales en la formación de los estudios sobre la Edad de Piedra en el sur de África (junto con Janette Deacon y Goodwin), el año del regreso de Goodwin marcó el inicio de un nuevo ciclo de avance sostenido. Goodwin dio crédito al congreso de Pretoria en 1926 como el comienzo de una mayor cooperación y observación exacta.

El Paleolítico en África

El interés en la evidencia material de los tiempos pasados de Sudáfrica tiene una larga historia. Los agentes de este interés fueron colonos y exploradores, militares (como Bowker), un Superintendente de Educación (Langham Dale, que publicó bajo el seudónimo D), geólogos (Thornton, J.P. Johnson, W.H. Penning), un médico (Kannemeyer) y coleccionistas y “anticuarios” auto-proclamados (como Rickard). Entre 1870 y 1923 se publicaron unos 130 artículos sobre temas arqueológicos amplios; abarcaron los territorios de lo que hoy son Sudáfrica, Zimbabwe, Botswana, Swazilandia y Mozambique. Aparecieron localmente en *Cape Monthly Magazine* y, después de 1878, en *Transactions of the South African Philosophical Society* (después llamada *Royal Society of South Africa*) y en varias revistas metropolitanas (*Proceedings of the Society of Antiquaries*; *Proceedings of the Ethnological Society of London*; *Journal of the Anthropological Institute*). La fuente clave para este periodo inicial es Goodwin, cuyo artículo “Comments on the history and present position of South African prehistory” (1935) fue escrito como un informe para el Comité Interuniversitario de Estudios Africanos.

En los relatos de los primeros viajeros por el interior aparecieron descripciones ocasionales de tipos de artefactos, por lo general los distintivos tipos de piedra perforada (como en el caso de Sparrman) o pinturas rupestres y concheros (Barrow). En 1858 T.H. Bowker, “nuestro primer

anticuario verdadero”, recolectó utensilios de piedra cerca de la desembocadura del río Great Fish (Goodwin 1935: 295). Algunas piezas fueron enviadas al Museo Albany, en Grahamstown, y al Museo Real de Artillería, en Woolwich, en parte debido al interés creado por los descubrimientos de Boucher de Perthes en las gravas del Somme. A Dale (1870a, 1870b) se atribuye el primer registro público de artefactos de piedra que apareció localmente. La década de 1870 fue notable por los testimonios detallados tomados de informantes bosquimanos por el lingüista Wilhelm Bleek, un hecho que omitió Goodwin en su síntesis pero que sí mencionó Deacon. La rehabilitación de los trabajos de Bleek y Lloyd solo ocurrió después de 1975 (Bleek 1873, 1875; Deacon 1990).

El trabajo de Dunn es considerado como “el primer intento real por dar un relato completo de la prehistoria de Sudáfrica” pero más tarde se trasladó a Australia, llevando consigo sus materiales (Dunn 1880; Goodwin 1935). Goodwin (1935: 300) describió su trabajo como “el papel de un típico coleccionista más que el de un científico”, un interesante ejemplo de la transvaloración de un término. La noción de *colecciónista*, como la noción relacionada de *anticuario*, era común en el siglo XIX y tenía una valoración positiva puesto que implicaba una suerte de curiosidad y una sensibilidad científica. En las primeras décadas del siglo XX, con el endurecimiento de las disciplinas, el término llegó a connotar diletantismo y falta de método. Goodwin utilizó el término en la década de 1930 para reconocer el trabajo de los primeros practicantes pero, también, para colocarlos fuera del canon disciplinario que, en gran medida, su obra inauguró. Así, por ejemplo, Deacon (1990: 40) escribió que “los modelos y paradigmas de control de los autores entre 1869 y principios de la década de 1920 eran, esencialmente, los de coleccionistas aficionados”.

El esquema clasificatorio de J.C. Rickard ha sido ampliamente reproducido e incluye algunos términos estándar (“Neolítico”, “Paleolítico”), así como algunos acuñados localmente: “Depósito de Cocina Tardío”, “Depósito de Cocina Temprano”, “Grupo de Londres Oriental”, “Grupo de Port Elizabeth” (Rickard 1881a,

1881b, 1946; Goodwin 1946; Malan 1970). El predecesor inmediato de Goodwin fue Louis Peringuey, un entomólogo y veterano de la guerra franco-prusiana que se convirtió en director del Museo de Sudáfrica. Publicó, ampliamente, sobre temas arqueológicos entre 1892 y 1917, aunque al final de su vida este interés había disminuido. Según Goodwin (citado por Malan 1970: 89) “No era joven cuando murió y para entonces tenía poco interés en la arqueología”. El desempeño de sus deberes en el museo era señorial. El personal del museo se alineaba y lo saludaba en la mañana; él contestaba con su bastón y “saludaba muy inteligentemente”. Goodwin recordó que Peringuey “arrojó unas cuantas toneladas de artefactos bajo el cobertizo del esqueleto” pero “(guardó) lo mejor en su escritorio”, sin etiquetar, que mostraba orgullosamente a sus visitantes más destacados (Malan 1970: 89).

Dos ideas subyacen los enfoques a la prehistoria en este periodo. La primera era que el material de Sudáfrica tenía que ser referido a la secuencia Europea, en particular al paleolítico francés que proporcionó el punto de referencia de la prehistoria europea (de acuerdo con la obra de Gabriel de Mortillet). Para tomar un ejemplo más o menos al azar J.P. Johnson (1907) describió una punta de proyectil de esquisto endurecido, larga y lanceolada, como parecida a “ciertos tipos conocidos solutro-magdalenienses de Europa”, aunque es casi seguro “de fecha más reciente que los tipos achelenses asociados”. Peringuey (1911) dividió la Edad de Piedra de Sudáfrica en “elementos Neolíticos”, “Interior o auriñaciense. Litoral o solutro-magdaleniense” y “Stellenbosch” o tipos “Orange River” (Peringuey 1911). Dentro de este esquema amplio, que podría denominarse “Paleolítico en África”, los debates trataron con la antigüedad relativa del material de Sudáfrica (que se creía más reciente) y con explicaciones migracionistas/difusionistas sobre la naturaleza de la transmisión de los tipos europeos. Al mismo tiempo se expresaron algunas reservas en cuanto a la aplicabilidad del esquema europeo; la más significativa fue la de A.C. Haddon durante una visita de la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia en 1905.

Una segunda idea identificó la prehistoria de Sudáfrica con un grupo étnico contemporáneo, los “bosquimanos” o “san”. Los bosquimanos fueron entendidos como los autores de la prehistoria, en todo o en parte, y los términos “reliquias bosquimanas”, “restos bosquimanos” y “dibujos bosquimanos” fueron comúnmente usados en la literatura para designar artefactos arqueológicos y pinturas rupestres. Esta formulación fue codificada legalmente en la Ley de Reliquias Bosquimanas de 1911, la primera legislación de conservación en Sudáfrica, consecuencia de la Ley de la Unión. La Ley de Reliquias Bosquimanas pretendía proteger los yacimientos arqueológicos (especialmente los que contenían arte rupestre) y controlar el comercio floreciente de restos humanos con orígenes bosquimanos (Legassick y Rassool 1999). En el fondo de esta idea estaba la concepción generalizada de los bosquimanos como raza remanente o vestigio evolutivo, literalmente como “prehistoria viva”. Esta es una idea con un pedigrí largo (y continuo) en el pensamiento, las letras y la cultura popular de Sudáfrica. En el periodo que examino su expresión más influyente fue el trabajo de Stow (1905).

Estas dos nociones, “Paleolítico en África” y “prehistoria bosquimana”, informaron un discurso en desarrollo sobre los tiempos pasados en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Por un lado, introdujeron una óptica específicamente europea, por lo que en el más literal (y surrealista) de los sentidos estos primeros trabajadores rasguñaban los duros suelos locales en busca de signos que pudieran vincularse con una cueva en Francia. Por otra parte, establecieron un deslizamiento entre la prehistoria y los estudios sobre bosquimanos y bantúes o entre la arqueología y la etnología (como serían llamadas), cuyo territorio intelectual se asumía como superpuesto, si no idéntico.

Limpiando las edades de piedra

Dos acontecimientos a mediados de la década de 1920 sirvieron para transformar las concepciones de la prehistoria sudafricana. El primero fue la descripción publicada por

Raymond Dart del fósil de Taung del *Australopithecus africanus* (en la revista *Nature*, en 1925). Este artículo convirtió a Dart en un “héroe instantáneo” en el país (Dubow 1996). Entre las muchas notas de felicitaciones hubo una del general Jan Smuts, recientemente derrotado como primer ministro y ahora aguardando como presidente de la Asociación Sudafricana para el Avance de la Ciencia. En la prensa Smuts escribió sobre “un descubrimiento sin precedentes, no solo de gran importancia desde un punto de vista antropológico sino, también, bien calculado para concentrar la atención en Sudáfrica como el gran campo para el descubrimiento científico, lo que sin duda es” (Dubow 1996: 246).

En el escenario internacional el descubrimiento de Dart fue criticado. Las respuestas en *Nature* de Arthur Keith (el antropólogo físico más importante de su época) y de Grafton Elliot Smith (un famoso neuroanatomista de la Universidad de Londres) expresaron dudas sobre las afinidades humanas del cráneo. Arthur Smith Woodward, defensor del “Hombre de Piltdown”, desestimó el término *Australopithecus* como una combinación bárbara de latín y griego (Dubow 1996). No fue hasta que Le Gros Clark examinó el material de Taung, Sterkfontein y Swartkrans en 1947 —en el periodo previo a la primera reunión del Primer Congreso Panafricano de Prehistoria— y se declaró satisfecho que el género *Australopithecus* obtuvo aceptación general (Tobias 1978).²

El segundo acontecimiento que cambió las concepciones predominantes del pasado fue la introducción por Goodwin de una tipología y nomenclatura locales para la Edad de Piedra y una concepción de etapas sucesivas de la prehistoria. El primer trabajo de Goodwin al regresar de Cambridge fue como asistente de investigación en etnología de Alfred Radcliffe-Brown en la Universidad de Ciudad del Cabo. Fue encargado de la construcción de una revisión y bibliografía etnográficas “destinadas a proporcionar las bases de un Instituto de África

2 Tobias (1978: 6) escribió: “La conversión de Le Gros Clark fue [un punto de quiebre] en la evaluación de los primeros homínidos de África”.

en Ciudad del Cabo” (Goodwin 1958: 27). Sin embargo, con la muerte de Periguey en marzo de 1924 centró su atención en las colecciones de artefactos de piedra del Museo de Sudáfrica. Desde un punto de vista técnico vale la pena reconstruir las condiciones en que Goodwin trabajó. Las colecciones del museo consistían en cientos de colecciones individuales con poca o ninguna información geográfica, estratigráfica o contextual. Por ejemplo, la colección de J.M. Bain:

[...] pudo provenir, litológicamente, de vastas zonas al sur del río Vaal. Había sido enviada como una “única colección” y numerada en consecuencia. No se dio ninguna evidencia de apoyo y solo unas pocas herramientas individuales tenían nombres de lugares como “Karoo”, “la provincia del Cabo”, “Estado Libre” (Goodwin 1958: 27).

Goodwin se dedicó a las tareas arqueológicas clásicas de comparación formal y de construcción de tipologías y, más tentativamente, de cronologías. Mientras estaba dedicado a estos asuntos comenzó una correspondencia con van Riet Lowe, quien entonces diseñaba puentes para el Departamento de Obras Públicas en el Estado Libre de Orange. Van Riet Lowe proporcionó a Goodwin, confinado a Ciudad del Cabo por falta de fondos para investigar y por sus funciones etnológicas, un vínculo crucial con el campo. Goodwin, a su vez, “convirtió” a van Riet Lowe y lo “arrastró” a la nueva terminología, un ejercicio que iba a resultar crucial en su aceptación más amplia.

Goodwin presentó por primera vez su esquema en la reunión de la Asociación Sudafricana para el Avance de la Ciencia en Oudtshoorn en 1925, pero lo retiró voluntariamente, aduciendo falta de apoyo. En el periodo comprendido entre marzo y julio de 1926, impulsado (en parte) por este fracaso, publicó una serie de artículos de divulgación sobre arqueología en la edición de fin de semana del diario de circulación masiva *Cape Times* bajo el título de “Sermones en piedra” (posteriormente modificado a “Relatos en piedra”). Los artículos abordaron la historia de los estudios prehistóricos

en Sudáfrica, la relación entre las secuencias de Sudáfrica y del paleolítico francés (incluyendo “la relación deducida entre el auriñaciense y el capsiente y las culturas bosquimanas”) y esbozaron la terminología propuesta por Goodwin, una interesante elección de temas para la prensa popular.

En el primer sermón Goodwin dio cuenta de los estudiosos anteriores de la prehistoria, incluyendo a Peringuey y a “contemporáneos suyos y coleccionistas posteriores”, Kannemeyer, Alfred Brown de Aliwal North, H. Cottell de Cradock y otros. Escribió: “Todos estos hombres fueron formados en libros sobre arqueología europea o por hombres que habían sido formados en Europa. Así, cada hallazgo hecho en Sudáfrica fue visto a través de lentes europeos” (Goodwin 1958: 29).³ El tercer sermón comenzó así:

Hasta hace muy poco se habían hecho varias presunciones sobre quiénes eran los sudafricanos originales. Hace muchos años se dijo que los bosquimanos, como los llamamos vagamente, fueron los primeros habitantes de nuestro país... Sobre esto se edificó la idea adicional de que todos los utensilios de piedra encontrados en Sudáfrica eran “bosquimanos” (Goodwin 1958: 29) .

El séptimo sermón terminó con Goodwin preocupado por la terminología, esta vez en conexión con la llamada “Cultural Oriental” (un término que abandonó más tarde). Preguntó en relación con los instrumentos que componen esta industria:

¿Quién los hizo? ¿Qué más hizo esta gente? ¿El “hacha con filo” fue hecha, realmente, por la misma gente que hizo la delicada punta de lanza? ¿Son más antiguos que los implementos que hicieron los pigmeos? ¿Qué relación existe entre la punta de lanza y el *coup de poing* de los anteriores

3 El primer sermón apareció en la edición del 27 de marzo de 1926.

habitantes? Estas son preguntas preocupantes para alguien que está tratando de “limpiar las edades de piedra” (Goodwin 1958: 29).⁴

El esquema de Goodwin fue finalmente aceptado en el congreso de Pretoria de la Asociación Sudafricana para el Avance de la Ciencia en julio de 1926. A esa reunión asistió van Riet Lowe (que no había asistido al congreso de Oudtshoorn). En esencia, lo que se proponía era una división de la prehistoria en dos etapas y la sustitución de los términos y la cultura locales por los tipos europeos. Así nació una Edad de Piedra Temprana que incluyó a las culturas Stellenbosch y Fauresmith y a la incierta Victoria West (dejada de lado más tarde). La Edad de Piedra Tardía incluyó las culturas Smithfield y Pigmeo o Microlítica (modificada a Wilton en el congreso de Pretoria) y la problemática Cultura Oriental, parte de la cual fue modificada como Stillbay (Goodwin 1958). Después se introdujo una tercera etapa, la Edad de Piedra Intermedia, más o menos equivalente al Paleolítico Medio, siguiendo el trabajo de Neville Jones (1926) en Rodesia del Sur. El término Edad de Piedra Intermedia se utilizó por primera vez en 1927 y una descripción fue leída en 1928.

Las contribuciones de Dart y Goodwin introdujeron un nuevo objeto de contemplación en los estudios prehistóricos de Sudáfrica y África: por un lado, una forma pre-humana de transición imaginada en términos de una narrativa de evolución biológica; y, por otro, etapas asociadas de desarrollo cultural y tecnológico imaginadas en términos de una sucesión de etapas o “culturas”. Significativamente, la arqueología siguió (y sigue) siendo una disciplina concentrada en formas fósiles y utensilios de piedra, cuyos autores y agentes humanos son imaginados solo vagamente como “gente” o, en la formulación de Goodwin, como “los sudafricanos originales”.

4 Séptimo sermón, 29 de mayo de 1926.

Centro y periferia

En *The loom of prehistory* [El telar de la prehistoria], el segundo de una serie de manuales de arqueología dirigido a un público popular, Goodwin se quejó de:

[...] la forma como los científicos en Europa y en otros lugares sólo están dispuestos a aceptar las declaraciones de los visitantes con un breve conocimiento del país en lugar de aumentarlas con el trabajo detallado de quienes conocen Sudáfrica y las condiciones locales y tienen un conocimiento de cientos de yacimientos a lo largo de varios años (Goodwin 1946: 38-39).

De hecho, la relación entre las metrópolis disciplinarias, en este caso la arqueología británica en Cambridge, y sus satélites en partes remotas del mundo jugó un papel estructurante clave en el desarrollo de la arqueología en el país y en el extranjero. Goodwin quería que se estableciera un Departamento de Arqueología en la Universidad de Ciudad del Cabo y sugirió que Miles Burkitt, su antiguo profesor en Cambridge, fuera invitado a opinar al respecto. Con Goodwin como anfitrión, los dos hombres y sus mujeres se embarcaron en una gran gira por sitios del sur de África, en una ruta que cubrió unos 8000 kilómetros por carretera en la Unión Sudafricana. En Rodesia del Sur se les unió Neville Jones, quien actuó como su guía durante otros 2.500 kilómetros. Después los Burkitt fueron enviados a van Riet Lowe para la parte final del viaje por el Estado Libre (800 kilómetros). Sobreviven algunas fotografías del viaje: el grupo inspeccionando las ruinas del Gran Zimbabwe; una escena en la que Goodwin ha colocado a su esposa junto a un panel de arte rupestre para dar un sentido de escala; y una escena en una cueva cerca de Tarkastad, en el Cabo Oriental, con Miles Burkitt, Peggy Burkitt, Winnie Goodwin y John Goodwin, de izquierda a derecha (*Figura 1*).

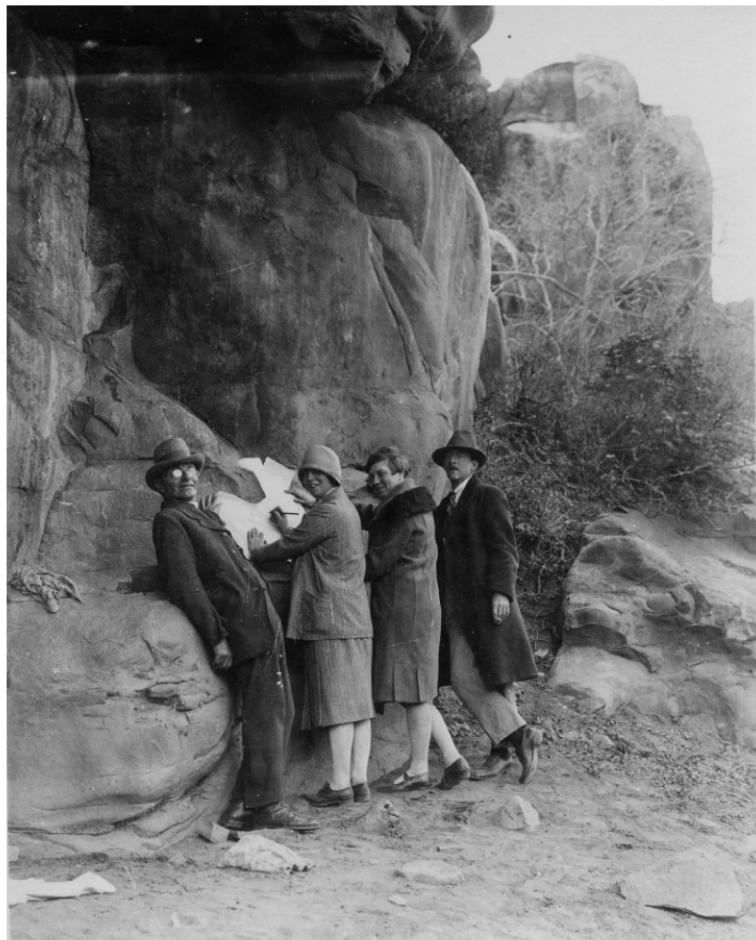


Figura 1. En una cueva cerca de Tarkastad, en el Cabo Oriental.

Las dos mujeres se dedican a calcar una imagen de arte rupestre, posteriormente reproducida por Burkitt en su libro. Como viñeta en el monte africano recuerda, apropiadamente, la improbabilidad de gran parte de la práctica arqueológica en este periodo: el contraste entre las ropas formales del grupo de turistas y el áspero campo del Cabo Oriental; la expresión de sorpresa de Burkitt; y la labor de las esposas dibujando y anotando.

Al final de su gira Burkitt comentó: “Cuando lleguemos a Inglaterra tendré mi libro listo para la imprenta” (citado por Deacon 1990: 45). El manuscrito, completado en el viaje de regreso, fue publicado como *South Africa's past in stone and paint [El pasado de Sudáfrica en piedra y pintura]* (1928). Goodwin, que había estado planeando un libro definitivo, se vio obligado a una colaboración apresurada con van Riet Lowe. El resultado, *The Stone Age cultures of South Africa [Las culturas de la Edad de Piedra de Sudáfrica]* (1929) es “un ejemplo clásico del empirismo en su forma más útil” (Deacon 1990: 45). Goodwin, para quien las acciones de Burkitt representaron una compleja traición (¿qué esperaba?; ¿por qué le dio acceso libre a sus materiales?), fue cuidadoso al referirse al libro de Burkitt en términos aprobatorios.⁵

En su libro Burkitt propuso influencias del Paleolítico Inferior, del musterense y del Paleolítico Superior de Europa sobre los conjuntos de herramientas de piedra y el arte rupestre del sur de África. Curiosamente, Goodwin y van Riet Lowe repitieron este punto de vista justo cuando estaban haciendo lo posible para desencadenar la secuencia de Sudáfrica de las tipologías europeas. Ellos argumentaron que muchas de las industrias locales de herramientas de piedra llegaron al sur de África con la migración de pueblos del norte del continente, una parte del mundo que había sido tocada por la civilización en virtud de su proximidad con Europa. El Sahara actuó como una barrera selectiva, evitando el movimiento de culturas de sur a norte pero permitiendo que las culturas “superiores” pasaran de Europa al sur del Sahara. En sus palabras, África es “un hueco del que nada tangible retorna” (Goodwin y van Riet Lowe 1929: 3). La imagen es un *cul-de-sac* o un agujero negro cultural, algo que absorbe la energía y la creatividad y no devuelve nada. Esta geografía de la imaginación también fue expresada en otros trabajos de Goodwin. Su ensayo *El poblamiento de África* comienza así:

5 “Uno de los mejores libros sobre la prehistoria de Sudáfrica” (Goodwin 1935: 339); “El excelente y encantador libro de Burkitt” (Goodwin 1958: 32).